

Silvia Sánchez Rog: La mujer sin memoria
y otros relatos (2023)

35 KILÓMETROS

No se conocen, salvo por verse cada mañana en el mismo tren. Sin embargo, a veces él parece estar a punto de pasar de largo su parada, o ella hace la intención de ir a cogerle de la mano y sujetarle para que no se marche. Pero algo los frena. Siempre en el último momento. Puede que sean las experiencias pasadas.

Algunos días, lo más que llegan a ver el uno del otro es un perfil, o el pliegue de una falda y una mano caída. Hoy sin embargo se están rozando con la pierna que tienen más cerca, mientras ella aparenta mirar unas naves del extrarradio y luego una refinería a través del cristal.

Están sentados, el uno junto al otro, cerca de muchas otras personas.

Afuera, el sol empieza a calentar los campos áspers.

Él se recuesta en su asiento. Apoya la cabeza, levanta el mentón, cierra los ojos y escucha la trompeta de Wynton Marsalis flotando en el aire, derramándose por los altavoces del compartimiento.

Ella tiene las manos sobre su regazo. Cogidas. Apoyadas sobre la falda, sobre las flores estampadas en

la tela, los dedos enlazados, y la cara vuelta hacia la ventanilla.

La mujer, de cuando en cuando, siente escalofríos. Ha dormido mal la última noche y está cansada, se siente débil.

Mira el horizonte con los ojos brillantes.

El reflejo del sol es intenso sobre los campos de trigo.

35 kilómetros es el tiempo que tienen para sentirse. Cada día, les une y les separa la misma distancia.

Al fondo, a la cola del tren, la ciudad echa humo.

Ya franquearon las naves, los últimos edificios desperdigados por el extrarradio y, también, junto a las nuevas estaciones, las tapias cubiertas de grafitis y enredaderas.

La mujer cierra los ojos y piensa en una imagen; los dos fuera del vagón, sentados en un sofá en medio del campo amarillo, de noche, con una manta y un termo de café, o de whisky. Se abrazan y miran el cielo y luego a los ojos, intensamente, hasta que uno de los dos acaricia el rostro del otro y al otro se le derrama una lágrima del tiempo que hacía que no se sentía tan bien. Y luego se besan con tanta pasión que parece increíble que, en realidad, la mujer esté en el tren, el hombre a su lado y no se hagan caso.

Durante todo ese trayecto ya le habría dicho algo pero las palabras le parecen vacías en esta atmósfera. Frases como: «¡Qué buen día hace!, ¿no crees?» o: «Yo a ti te conozco, te veo cada mañana desde hace

meses...». Nada de eso es lo que quiere tener con él. Lo de ellos, poco tiene que ver con el lenguaje.

Quizá sea lo mejor que le ocurre cada día. 35 kilómetros.

La vida es muy distinta en los trenes. Ahí, podría decirse que existen otros códigos, otro modo incluso de convivencia, diferentes necesidades. Además, uno no se mueve en tierra firme, no hay un verdadero suelo y, de alguna manera, todo puede llegar a parecer un poco irreal, o distinto. Quien más y quien menos, ¿quién no se ha llegado a estremecer alguna vez en estos sitios?

Además, está el paisaje.

Durante la época de tormentas, cuando la lluvia o el granizo se derraman sin descanso por los cristales de las ventanillas, y los vagones se abarrotan como latas de sardinas, entonces, él o ella, hacen verdaderos esfuerzos por no alejarse demasiado del otro, y se miran a través de los pelos mojados de los demás, de los chaquetones y los chubasqueros que les separan.

Ahora, en verano, las cosas están más tranquilas y ya no necesitan hacer grandes esfuerzos por ganar cercanía.

Los sonidos del tren se amplifican dentro de los túneles. La trompeta de Marsalis parece desintegrarse y en su lugar se oye un alboroto como de vías, cables eléctricos y ruedas enfrentados.

Cruzan el tercer túnel. Ella mira al frente. Ya no hay paisaje. Aprieta la palma de la mano sobre su muslo. Aplasta dos flores del dibujo de su falda.

35 kilómetros es el tiempo que tiene para sentirle.

Los nervios se mezclan con el sueño, es una sensación extraña, demasiada cercanía quizá. Falta de costumbre. Más en este día en el que le cuesta tanto mantener el tipo. Conoce su constitución y sería capaz de desmayarse.

Cuando la cabeza del tren asoma de nuevo a la superficie y, tras ella, toda la hilera de vagones, es cuando aparece el pequeño bosque de encinas.

Las ventanillas levitan unos metros por encima de las copas de los árboles. Cuando hace viento la impresión es asombrosa.

Ella suspira. El tren toma otra curva. Su rodilla desnuda choca contra la tela de los pantalones del hombre y él, aunque tiene la espalda rígida, voltea lentamente la cabeza para mirarla. Ella está de nuevo contemplando el paisaje. Él se detiene en su nuca, en su coleta alta. De refilón, cortando la línea horizontal de su cuello, le absorbe el tono verde del bosque y, más arriba, cerca del lóbulo de la oreja de ella, el azul claro del cielo.

Se arrima más a la mujer. No puede evitarlo.

Ya huele su melena.

Huele a flores.

Ahora, un giro de ciento cuarenta grados en ese cuello lo cambiaría todo. Un solo giro y ya se estarían besando.

De repente a él le viene una imagen a la mente, está abrazándola, la abraza en la cama y en la cocina, por las mañanas y por las noches. Eso es lo que quiere. No solo el sexo. En realidad lo ha pensado muchas veces en esos

vagones. A fin de cuentas, él también desea sentirse vivo.

El aire acondicionado funciona en silencio. El neón sobre la puerta de salida marca 25 grados. Marsalis sigue allí, en el aire, acompañando a algunos, indiferente para otros.

Él se echa hacia atrás. Se recuesta en el asiento y mira largamente al tipo que tiene frente a él, uno que se apea en su misma parada y que después cruza un parque y se pierde en dirección al polígono. Él nunca se ha metido por el polígono, su trabajo queda detrás de la estación, del otro lado.

Contempla al hombre que trabaja en el polígono. Luego, lee un par de titulares del periódico que este sujeta y mira al techo. Allí, en las bandejas metálicas que cuelgan de la pared, hay varios periódicos abandonados.

Se le ocurre coger alguno y echarle un vistazo. Pero no lo hace. Lleva dos años solo y no es momento para leer noticias.

35 kilómetros no es tiempo suficiente.

35 kilómetros durante nueve meses cinco días a la semana son 7000 kilómetros. Eso ya suena diferente. Ahí ya se podría decir que se está hablando de algo grande.

Tres pasajeros se han quedado dormidos con el maletín o el bolso sobre el regazo y, cada vez que el vagón traquetea al tomar una curva, al entrar en los túneles o cuando pasa por encima del acople de dos vías,

se les escurren las pertenencias y se despiertan o, simplemente, cambian de postura.

Al fondo del vagón, se oye la voz suave de un niño, ha empezado a cantar en una lengua oriental. Enseguida se escucha el murmullo de dos mujeres, también extranjeras, que, entre risas, intentan hacerle callar. El hombre gira la cabeza y recorre el pasillo con la mirada. Los observa. Son asiáticos, quizá vietnamitas. Una de las mujeres tiene un bebé en los brazos. El niño que canta está de pie, no levanta más de un metro del suelo y se sujeta con los deditos al pantalón de la mujer. Luego, al borde del asiento.

Esta hace una mueca de silencio con los labios, los pone en forma de o y le sonrío. La otra mujer sigue riendo.

El hombre se queda un poco extrañado. No sabe de qué se ríen. Luego observa las ventanillas del otro bando, el edificio de cristal. Se da cuenta de que está a punto de llegar a su parada.

Entonces mira de refilón a la mujer sentada a su lado. Después, la contempla plenamente. Distingue su perfil cortando el paisaje, por delante del cielo pálido, de varias edificaciones. Tiene los ojos cerrados y unos mechones sobre la frente. 35 kilómetros a punto de esfumarse. Ella vibra ligeramente sobre el asiento. Parece relajada, dormida. Su cara es de sueño y su piel muy clara. Ahora la contempla despacio. Ahora, se detiene en sus labios una pizca separados, y casi nota su respiración.

Baja la mirada, observa sus manos sobre la falda de flores. Vuelve a mirar al frente, al periódico del señor que se apea en la misma parada que él. Sabe que ya solo quedan un par de minutos para llegar a su estación.

El otro hombre se prepara. Cierra el periódico, se levanta, lo deja sobre la bandeja que cuelga del techo del vagón, se alisa la ropa. Se gira y pone un pie en el pasillo.

Él respira hondo y planta las palmas de las manos sobre sus muslos. Se prepara para levantarse. De pronto siente un golpe en su hombro. Un golpe seco y luego un peso brusco que no desaparece. Se queda muy quieto, como pillado in fraganti. Huele a flores. Definitivamente es la cabeza de la mujer.

Ahora reposa sobre él. La cabeza empieza a moverse, se escurre. Él la sujeta con una mano, la apoya mejor. La recoloca entre su hombro y su cuello. Los mechones de pelo suelto le rozan la mandíbula.

El sol brumoso se cuele por cada una de las ventanillas del ala este del vagón. Ahora a los dos les brilla la cara y la mitad del cuerpo. El hombre que trabaja en el polígono está a punto de salir del vagón, el tren abre sus puertas, el hombre le mira, le sonrío y de inmediato se baja. Él no puede ni moverse, tan paralizado se ha quedado. Tampoco puede pensar.

El tren arranca.

Ya no hay marcha atrás.

Así de fácil.

Llegan a otras estaciones y, luego, la última parada. Los pasajeros se revuelven, se levantan de sus asientos, agarran sus maletines, desaparecen.

Después, el tren se aleja un poco de la estación. Se detiene en una vía muerta durante diez minutos.

Cuando vuelve a arrancar, cambia de rail, de andén. De vuelta a la gran ciudad.

Él mira por la ventanilla, se siente cada vez mejor, más relajado. Ya se ha acostumbrado al roce de los mechones de ella contra su mejilla, al olor a flores. La cabeza de la mujer encaja perfectamente en el hueco que forman el hombro, el cuello y la mandíbula de él.

A veces, le pica un tobillo o la barba recién afeitada. Entonces, se propone controlar la sensación de cosquilleo con la mente.

Ella, mientras, ha empezado a sonreír.

Pasan unas nubes muy deprisa, por encima de los postes de luz y de los parques de energía y, después, ella comienza a despertarse, a despegar muy lentamente los párpados.

Él, se sorprende a sí mismo posando su mano sobre el cabello de ella, sobre la coleta deshecha, atrayéndola de nuevo hacia su hombro, mirando los ojos pasmados que se acaban de levantar hacia él.

Nunca le había salido la voz tan natural. Nunca le había parecido tan necesaria:

—Espera, no te muevas. Yo también estoy a punto de coger el sueño.